



EL PENSAMIENTO EN LA REFORMA

Décimas Glosadas

Guillermo Prieto.

Pajarito corpulento,
préstame tu medicina
para curarme una espina
que tengo en el pensamiento,
que es traidora y me lastima.

Es de muerte la apariencia
al decir del hado esquivo;
pero está enterrado vivo
quien sufre males de ausencia.
¿Cómo hacerle resistencia
a la juerza del tormento?
Voy a remontarme al viento
para que tú con decoro
digas a mi bien que lloro,
pajarito corpulento.

Díle que voy tentaleando
en lo oscuro de mi vida,
porque es como luz perdida
el bien porque estoy penando.
Di que me estoy redibando
por su hermosura devina,
y, si la mirares fina,
pon mi ruego de por medio,
y di: "Tú eres su remedio";
préstame tu medicina.

El pensil tiene sus flores
y el manantial sus frescuras,
y yo todas mis venturas
en sus alegres amores.
Hoy me punzan los dolores
con terquedad tan indina
que no puedo estar ansina.
Aigre, tierra, mar y cielo,
¿quién quiere darme un consuelo
para curarme una espina?

Es la deidad que yo adoro,
es mi calandria amorosa,
mi lluvia de hojas de rosa
y mi campanita de oro.
Hoy su perdido tesoro
me tiene como en el viento,
sin abrigo, sin asiento:
su recuerdo de ternura
es como una sepultura
que tengo en el pensamiento.

Es mirar la que era fuente
hoyo espantable y vacío;



DIBUJOS DE MARÍA LUISA MARTÍN

es ver cómo mató el frío
la mata airosa y potente;
es un sentir redempte
a la muerte que se arrima,
es que tiene mi alma encima,
una pantasma hechicera
que me sigue adondequiera,
que es traidora y me lastima.

El Escorial

Vicente Riva Palacio.

Resuena en el mármoleo pavimento
del medroso viajero la pisada,
y repite la bóveda elevada
el gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
vive la vida de la edad pasada,
y se agita en el alma conturbada
supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
contra su propio mal buscó un abrigo,
esclavo de sí mismo, un soberano,

que la vida cruzó sin un amigo,
águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.

Al Viento

Cuando era niño, con pavor te oía
en las puertas gemir de mi aposento;
doloroso, tristísimo lamento
de misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
frases que adivinó mi pensamiento,
y cruzando después el campamento,
"Patria", tu ronca voz me repetía.

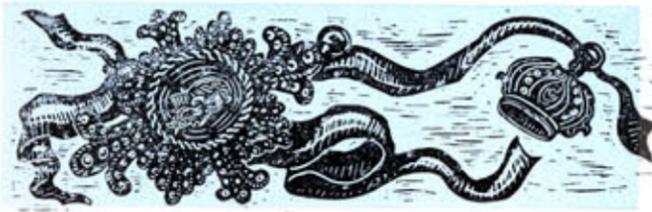
Hoy te siento azotando, en las oscuras
noches; de mi prisión las fuertes rejas;
pero me han dicho ya mis desventuras

que eres viento, no más, cuando te quejas,
eres viento si ruges o murmuras,
viento si llegas, viento si te alejas.

Los Naranjos

Ignacio M. Altamirano.

Perdiéronse las neblinas
en los picos de la sierra;
el sol derrama en la tierra
su torrente abrasador.



Y se derriten las perlas
del argentado rocío,
en las adelfas del río
y en los naranjos en flor.

Del mamey el duro tronco
picotea el carpintero,
y en el frondoso manguero
canta su amor el turpial;
y buscan miel las abejas
en las piñas olorosas,
y pueblan las mariposas
el florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
sal de la onda bullidora;
desde que alumbró la aurora
juguetas loca allí.
¿Acaso el genio que habita
de ese río en los cristales
te brinda delicias tales
que lo prefieres a mí?

¡Ingrata! ¿Por qué, riendo,
te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita,
todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
mi deseo y mi pasión?



En los verdes tamarindos
se requiebran las palomas,
y en el nardo los aromas
a beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
esa sed de amor no siente,
que así se muestra inclemente
a mi dulce y tierno afán?

¡Ah, no! Perdona, bien mío;
cedes al fin a mi ruego,
y de la pasión el fuego
miro en tus ojos lucir.

Ven, que tu amor, virgen bella,
néctar es para mi alma;
sin él, que mi pena calma,
¿cómo pudiera vivir?

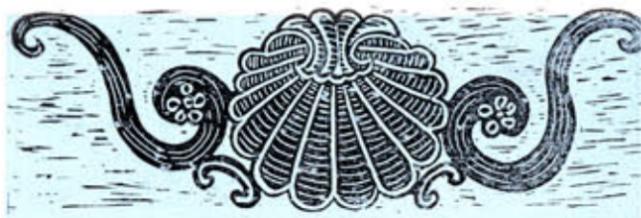
Ven estréchame, no apartes
ya tus brazos de mi cuello;
no ocultes el rostro bello,
timido, huyendo de mí.
Oprimanse nuestros labios
en un beso eterno, ardiente,
y transcurran dulcemente
lentas las horas así.

En los verdes tamarindos
enmudecen las palomas;
en los nardos no hay aromas
para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
ha cerrado la fatiga,
y tu seno, dulce amiga,
estremeciéndose está.

En la ribera del río
todo se agosta y desmaya;
las adelfas de la playa
se adormecen de calor.
Voy el reposo a brindarte,
de trébol en esta alfombra,
a la perfumada sombra
de los naranjos en flor.

Madrigal

Anciano Anacreón, dedicó un día
un himno breve a Venus orgullosa;
solitaria bañábase la diosa
en ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
y una sonrisa remedó la fuente;
y la fama contó que ha visto preso
al viejo vate por abrazo ardiente,
y las aves murmuran de algún beso.



Por los Muertos

... ¿Qué es nuestra vida sino toco vaso
cuyo precio es el precio del deseo
que en él guardan natura y el acaso?

Si derramado por la edad le veo,
sólo en las manos de la sabia tierra
recibirá otra forma y otro empleo.

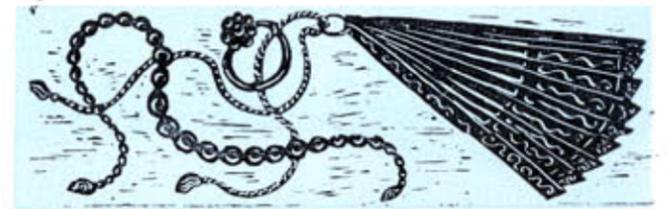
Cárcel es, y no vida, la que encierra
privaciones, lamentos y dolores;
ido el placer, la muerte ¿a quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza:
nací sin esperanza ni temores,
vuelvo a ti sin temores ni esperanza.

Al Amor

Ignacio Ramírez.

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
de mí te burlas? Llévate esa hermosa
doncella tan ardiente y tan graciosa
que por mi oscuro asilo has asomado.



En tiempo más feliz, yo supe, osado,
extender mi palabra artificiosa
como una red, y en ella, temblorosa,
más de una de tus aves he cazado.

Hoy, de mí, mis rivales hacen juego,
cobardes, atacándome en gavilla;
y, libre yo, mi presa al aire entrego.

¡Al inerte león el asno humilla!
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Fragmentos

Juan Diaz Covarrubias.

.....
.....

...;Ay, del triste que vio desvanecerse
La ilusión que soñaba su esperanza,
Quiso tocarla y la miró perderse
En las brumas de oscura lontananza!

Triste de aquel que su brillante gloria
Juguete vio del fugitivo viento,
Y contempla un martirio en su memoria
Y un torcedor su mismo pensamiento.

Triste de aquel que vive en el pasado
Mirando en su pesar desvanecida
La ilusión del amor, manto gastado
Que engalana la momia de la vida

Triste de aquel que en su marchito seno
Sintió llevar el cáncer de la duda,
Bebiendo gota a gota ese veneno
Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía
Al suave arrullo de la brisa ufana;
De esa que fuera tan brillante un día
Ni hojas siquiera quedarán mañana...

Mas oye corazón, basta de llanto,
guarda la hiel de tu dolor profundo,
que la queja letal de tu quebranto,
ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan
en medio de la noche silenciosa,
nunca otro seno a conmover alcanzan
Y se pierden en la aura vagorosa?

Lo sabes, corazón, forja otra historia
sin las gratas venturas que he sentido;
yo no quiero esperanzas, ni memoria,
yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!



¡Pobre casa sin tus brazos!
¡Pobrecita de tu madre!
¿Y quién te lo hubiera dicho,
tan preciosa como un ángel,
con tu rebozo de seda,
con tus sartas de corales,
con tus zapatos de raso,
que ibas llenando la calle,
como guardando tus gracias,
porque no se redamasen?
El celo es punta de rabia,
el celo alcanzó a matarte,
que es veneno que hace furias
las más finas voluntades”.

Esto dijo con conciencia
una señora ya grande
que vido del peapa al pepe
cómo pasó todo el lance.

Y yendo y viniendo días
la Migajita preciosa
fue retoñando en San Pablo;
pero la infeliz era otra,
está como pan de cera,
el aigre la desmorona,
se le pintan las costillas,
se alevanta con congoja;
sólo de sus lindos ojos
llamas de repente brotan.

“¡Muerto!... ¡dése!” A la ventana
la pobre herida se asoma,
y vio que llevan difunto,
por otra mano alevosa,
a su Ronco que idolatra,
que fue su amor y su gloria.

Olvida que está baldada
y de sus penas se olvida,
y corre como una loca,
y al muerto se precipita,
y aulla de dolor la triste
llenándolo de caricias.

“Madre, mi madre (le dice)
—que su madre la seguía—,
vendan mis aretes de oro,
mis trastes de loza fina,
mis dos rebozos de seda,
y el rebozo de bolita;
vendan mis tumbagas de oro,
y de coral la soguilla,
y mis arracadas grandes,
guarnecidas con perlitas;
vendan la cama de fierro,
y el ropero y las camisas,
y entierren con lujo a ese hombre
porque era el bien de mi vida;



Romance de la Migajita

Guillermo Prieto

“¡Detente! que está rendida,
¡eh, contente, no la mates!”
y aunque la gente gritaba
y corría como el aire,
cuando quiso ya no pudo,
aunque quiso llegó tarde,
que estaba la Migajita
revolcándose en su sangre...
Sus largas trenzas en tierra,
con la muerte al abrazarse,
la miramos de rodillas
ante el hombre, suplicante;
pero él le dio tres metidas
y una al sesgo de remache.
De sus labios de claveles
salen dolientes los ayes,
se ven entre sus pestañas,
los ojos al apagarse...
y el Ronco está como piedra
en medio a los sacrificantes,
que lo atan codo con codo,
para llevarlo a la cárcel.

“Ve al hospital, Migajita,
vete con los platicantes,
y atente a la Virgen pura
para que tu alma se salve.

que lo entierren con mi almohada
con su funda de estopilla,
que pienso que su cabeza
con el palo se lastima,
Que le ardan cirios de cera,
cuatro, todos de a seis libras;
que le pongan muchas flores,
que le digan muchas misas,
mientras que me arranco el alma
para hacerle compañía.
Tú, ampáralo con tu sombra,
sálvalo, Virgen María:
que si en esta positura
me puso, lo merecía;
no porque le diera causa,
pues era suya mi vida”...
Y dando mil alaridos
la infelice Migajita,
se arrancaba los cabellos,
y aullando se retorció.
De pronto los gritos cesan,
de pronto se quedó fija:
se acercan los platicantes,
la encuentran sin vida y fría,
y el silencio se destiende
convirtiendo en noche el día.

En el panteón de Dolores,
lejos, en la última fila,
entre unas cruces de palo
nuevas o medio podridas,
hay una cruz levantada
de pulida cantería,
y en ella el nombre del Ronco,
“Arizpe José María”,
y al pie, en un montón de tierra,



medio cubierto de ortigas,
sin que lo sospeche nadie
reposa la Migajita,
flor del barrio de la Palma
y envidia de las catrinas.

Las Amapolas

Ignacio Manuel Altamirano

Urur.—TIBULO

El sol en medio del cielo
derramando fuego está;
las praderas de la costa
se comienzan a abrasar,
y se respira en las ramblas
el aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
y en el sombrío manglar
las tórtolas fatigadas
han enmudecido ya,
ni la más ligera brisa
viene en el bosque a jugar.

Todo reposa en la tierra,
todo callándose va,
y sólo de cuando en cuando
ronco, imponente y fugaz,
se oye el lejano bramido
de los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
entre el verde carrizal,
asoma una bella joven
de linda y morena faz;
siguiéndola va un mancebo
que con delirante afán
ciñe su ligero talle,
y así le comienza a hablar:

—“Ten piedad, hermosa mía,
del ardor que me devora,
y que está avivando impía
con su llama abrasadora
esta luz de mediodía.

Todo suspira sediento,
todo lánguido desmaya,
todo gime soñoliento;
el río, el ave y el viento
sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
en los bordes del torrente;
mustias se tuercen las rosas,
inclinando perezosas
su rojo cáliz turgente.

Piden sombra a los mangueros
los floripondios tostados;
tibios están los senderos
en los bosques perfumados
de mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
de calor desvanecidas,
humedecen sus corolas
en las cristalinas olas
de las aguas adormidas.



Todo invitarnos parece,
yo me abraso de deseos;
mi corazón se estremece,
y ese sol de junio acerca
mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
en busca de sombra vamos
al fondo del bosque umbrío,
y un paraíso finjamos
en los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
al pie de los plataneros
por el remanso bañado,
un lecho te he preparado
de enlodos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
sobre la espalda morena;
muestra la esbelta cintura,
y que forme la onda pura
nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
confundamos nuestras almas
en un beso, en un aliento...
mientras se juntan las palmas
a las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
de calor desvanecidas,
humedecen sus corolas
en las cristalinas olas
de las aguas adormidas.”—

Así dice amante el joven,
y con lánguido mirar



responde la bella niña
sonriendo... y nada más.

Entre las palmas se pierden;
y del día al declinar,
salen del espeso bosque,
a tiempo que empiezan ya
las aves a despertarse
y en los mangles a cantar.

Todo en la tranquila tarde
tornando a la vida va;
y entre los alegres ruidos,
del sud al soplo fugaz,
se oye la voz armoniosa
de los tumbos de la mar.

Al General Don Santos Degollado

Juan A. Mateos.

AVE, CÉSAR, MORITURI TE SALUTANT.

Revienta el huracán, y el mar quebranta
Sus poderosas aguas en la roca,
Y a los cielos soberbio se levanta;
Y en su rugir profundo,
Estremece las márgenes del mundo
Y su gemido al marinero espanta.

La marina extensión cruza una vela
En la tormenta por el mar batida;
Audaz piloto que salvarla anhela
Empuñando el timón, surge sereno
En el hirviente mar, su frente erguida,
Halla impasible el resplandor del trueno.

Salva la nave, y ve sobre cubierta,
En su agitado anhelo,
El purísimo azul de claro cielo,
Brillante toldo a la extensión desierta.

En el último choque turbulento
El ronco mar que la tormenta ensaya,
Le arrebató violento
Y le arroja cadáver en la playa
Entre las ondas que encrespara el viento.

Tal es, ¡oh mártir!, la sublime historia
Que tu existencia de heroísmo encierra;
Si te negó en la tierra
Sus fugitivas luces la victoria,
En tu lecho de muerte
Perenne brilla el astro de la gloria.

Tu estrella infiel, en el postrer momento,
Se mostró compasiva, y por cadalso
Te consagró el soberbio monumento
¡De mártires sin nombre!
¡Apoteosis brillante en ese osario!
¡Cristo de la Reforma!
¡El monte de las Cruces por Calvario!

En sus arcanos, el Señor no quiso
Dar una muerte a tu ambición oscura,
Y de tu gloria en el feliz delirio,
Puso en tu erguida frente
La sublime aureola del martirio.



¡Valiente capitán! tú no moriste
De la muerte del vulgo; esa sí aterra
El corazón valiente;
Que al escuchar los ecos de la guerra
Un noble arranque en sus latidos siente.

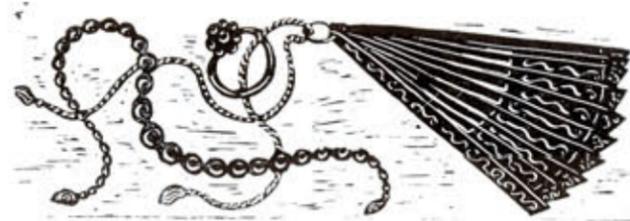
Tú invocabas al rayo de exterminio
Cuando en su choque la fatal metralla,
Sin compasión, hería
La noble juventud que en la batalla
Tus estandartes trágicos seguía.

De libertad la planta bienhechora
Con sangre se regó; de tu destino,
En el revuelto mar, nunca a deshora
en el confín te dibujó una playa;
Solo con la memoria;
Un patíbulo horrible en Tizayuca,
Un cadalso sangriento en Tacubaya.

Silenciosa en la lira
Trémula va mi mano; los crespones
No separéis; el alma se estremece,
El recuerdo velad, que desfallece
La monótona voz de mis canciones.

Venid en derredor de esta tribuna,
Aquí en la intimidad de nuestra pena
Su historia recordemos,
Y delante del cuerpo ensangrentado
En el silencio del dolor lloremos.
¿Dónde la loca vanidad que sueña
Interpretar las páginas oscuras
De ese libro cerrado del destino?
El Hacedor del cielo
Puso entre el porvenir y sus criaturas
Los anchos pliegues de su eterno velo.

Ante el juicio severo de la historia
¿Puede culpable aparecer? ¡Mentira!
Esa tormenta que hasta el sol envuelve,
Disiparán las brisas de mañana:
¡Cadáver, hoy te absuelve
El tribunal de la conciencia humana!



Restos ensangrentados, pobre herencia
De tus soldados fieles
Que a tu lado jugaron la existencia
Y partieron contigo sus laureles;
Guardamos tu memoria
Del corazón en la hostia sacrosanta,
Porque tu sombra en medio de nosotros
En las horas de duda se levanta.

¿Dónde esa fe que luce y reverbera
Como el fuego del sol sobre el desierto,
Que conservó en tus manos la bandera
Hasta llegar tranquilo
¡Ay! a la margen del sepulcro abierto?

La aspiramos nosotros en las auras
Con que Mayo meció nuestro estandarte,
Entre los roncros truenos
Que fueron a la tumba a despertarte.

Deja el sangriento asilo, alza la frente;
¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?
¡Eterno Dios, el soplo omnipotente
De la resurrección, mande a tus huesos!

No dejes, no, tu funeral sudario,
Ni sacudas el polvo de la tumba;
En tu sueño profundo
Se proyecta tu sombra sobre un siglo,
En esa historia espléndida del mundo.

El astro que alumbró tu altiva frente
Refleja un mar de sangre;
Tú no escuchas las voces extranjeras
Que estremecen el monte, la llanura,
Y repiten las altas cordilleras;
A sus ecos de muerte
Se mecen con desdén nuestras banderas.

En la lucha sangrienta, de exterminio,
Ante tus restos clamarán los libres,
Con acento terrible, sobrehumano,
Cuando al llamado de la patria acudan,
Como en el circo el gladiador romano:
Los que van a morir, hoy te saludan.